

Ecos de una Guerra Cercana

La reunión de marzo de nuestro grupo de **Cristianos de Base** estuvo profundamente marcada por el signo de los tiempos. No fue un encuentro ordinario; el ambiente estaba condicionado por la angustia que genera la actual deriva del orden mundial. A los focos de violencia que ya desangraban diversas regiones, se ha sumado ahora una escalada sin precedentes en Oriente Medio, que amenaza con transformarse en un incendio global de consecuencias imprevisibles.

Lo que comenzó como una tensión latente ha cristalizado en una ofensiva abierta. La intervención militar conjunta de Estados Unidos e Israel contra el régimen de Irán — justificada por sus impulsores como una acción preventiva— ha abierto una “Caja de Pandora” de alianzas y enemistades. Este conflicto no sólo se libra en suelo iraní a través de intensos bombardeos sobre infraestructuras estratégicas, sino que ha provocado una respuesta violenta y asimétrica de Teherán.

La réplica iraní, ejecutada mediante drones y misiles contra países vecinos aliados de Occidente, está borrando las líneas de frente tradicionales, arrastrando a naciones del Golfo y del Levante a una guerra que nadie parece poder detener.

Más allá del inabarcable dolor humano y el goteo incesante de víctimas civiles, la onda de choque ha llegado a las economías de todo el planeta:

El Estrecho de Ormuz: El cierre de facto de este paso vital ha puesto en riesgo el suministro de casi el 20% del petróleo mundial.

Inflación y Desabastecimiento: Los precios del crudo y el gas natural se han disparado, generando un “impuesto directo” a las familias que ya luchaban contra la precariedad.

Inestabilidad Financiera: Las bolsas de valores operan bajo el signo del pánico, mientras el comercio marítimo busca rutas alternativas, encareciendo cada producto que llega a nuestras manos.

Como comunidad, nos preguntamos cuánto tiempo más podrá sostenerse esta situación en el espacio y en el tiempo antes de que el daño sea irreversible. El peligro de que el conflicto se cronifique o se extienda a otras potencias es una sombra que planea sobre nuestras oraciones. No podemos ser indiferentes ante un escenario donde la diplomacia ha sido sustituida por el estruendo de los misiles y donde el mercado parece importar más que la vida misma.

Ante este escenario de polarización, nuestra voz como **Cristianos de Base** no debe buscar alimentar el fuego del partidismo ni los intereses geopolíticos de uno u otro bando. Nuestra misión es, ante todo, una opción radical por la paz y por la vida. Por ello, es imperativo que nos pronunciemos firmemente contra la guerra como herramienta de resolución de conflictos, sin excepciones ni matices que justifiquen la violencia. No nos mueve el cálculo estratégico, sino la defensa de la dignidad humana que hoy se ve pisoteada bajo los bombardeos; nos situamos, simplemente, junto a las víctimas y por la reconciliación de los pueblos.



La Iglesia denuncia la explotación y hacinamiento de los trabajadores migrantes de Almería

La reciente visita a los asentamientos de Almería y el encuentro con quienes sufren la precariedad laboral más extrema ha sido un acicate para reforzar el compromiso de la Iglesia en la defensa de la dignidad humana de todas las personas.

Los departamentos de Pastoral del Trabajo y Pastoral de Migraciones de la Conferencia Episcopal se han desplazado hasta el mar de plásticos de la diócesis almeriense, en lo que ha sido una inmersión en la dura realidad de los trabajadores sin papeles de origen extranjero.

El obispo responsable de Trabajo, Abilio Martínez, reconoce que ha sido toda una “experiencia”, un “gran impacto”. “Nos ha permitido mejorar, por un lado, el conocimiento de esta realidad de precariedad en el trabajo de muchas personas y, por otro, valorar el esfuerzo de las entidades eclesiales y sociales”, apunta.

“Estremece escuchar las dificultades que se encontraron para llegar a España; la explotación, engaños y maltrato que han experimentado contrastaba con lo agradecidos que están a España por la oportunidad de construir una vida con dignidad”, añade el director del departamento de Pastoral del Trabajo, Antonio J. Aranda.

Para Fernando Redondo, miembro de Pastoral de Migraciones, la experiencia ha puesto de manifiesto la capacidad de colaboración entre departamentos eclesiales y la implicación fundamental de organizaciones de la diócesis.

Gracias a los testimonios personales y al recorrido por asentamientos como Atochares, se pudo palpar el impacto del acompañamiento social en distintas fases del proceso migratorio. Redondo considera trascendental poder “poner rostro y humanidad a la realidad”, y evitar que la pastoral se centre únicamente en cifras.

La imposibilidad de acceder a un contrato, la precariedad en la vivienda, los problemas de empadronamiento y la situación generalizada de vulnerabilidad quedaron patentes en la reunión celebrada con una veintena de entidades sociales, sindicales y religiosas.

La Iglesia junto a las personas pobres

En medio de las dificultades, destaca el obispo de Ciudad Real: “La Iglesia no solo está presente, sino que se preocupa por los pobres”. De hecho, ha podido descubrir “la fuerza y capacidad de resistencia de estas personas en condiciones tan difíciles”.

Eso sí, no puede evitar verse apenado ante el sufrimiento de tantas personas que han de vivir en chabolas, con una única fuente de agua, con un vertedero donde dejan la basura y del que nadie se ocupa.

Con todo, Martínez nota también una “gran preocupación por cómo solucionar la situación de los asentamientos”, porque “todas las personas merecen una vivienda decente por dignidad humana”.

Por su parte, Redondo subraya que la implicación social es notable: “Ha sido muy positivo ver cómo tantas entidades están realmente trabajando y sensibilizadas con esta realidad”.

Frente al “ruido mediático” que sitúa el foco en discursos de odio, hay también un reconocimiento de la aportación real que estas personas hacen al territorio y a la economía, señala.

El director de Pastoral de Trabajo, Antonio Aranda, también pone el foco en que, en realidad, “somos más los que vemos en el migrante a un igual, a un hermano, que aquellos que los rechazan”.

Acoger, proteger e integrar

Tiene claro que “es necesario ganar el relato visibilizando la realidad de las personas migrantes, posibilitándoles que su voz se oiga, denunciando las estructuras que impiden acogerlos y protegerlos, favorecer su promoción e integración en igualdad y con plenos derechos”.

En opinión del obispo Martínez, “hay una labor importante que puede hacer, y ya está haciendo la Iglesia, como es concienciar a la sociedad e implicarse en dar una respuesta junto con diversas entidades para superar la precariedad”.

Además, destaca la labor de las comunidades religiosas que “acogen y asesoran” ante realidades que incluso la Administración desatiende; y “la coordinación entre diferentes áreas pastorales”.

Durante el recorrido por el asentamiento de Atochaes, donde mal viven cerca de 600 personas en “chabolas hechas de restos de materiales de los invernaderos y de derribos de obras”, Aranda pudo ver cómo los religiosos conocían a los habitantes de este asentamiento, cómo los saludaban por sus nombres, cómo se preocupaban por su situación laboral, por el trabajo, las familias que habían dejado en sus países de origen... etc.

“Se les iluminaba la cara al sentirse reconocidos en su humanidad y dignidad”, subraya Aranda.

Acceso al ejercicio pleno de derechos

“Tener trabajo es importante, pero también lo es tener papeles, con los que se les reconocen más derechos, no solo dentro de las empresas o de cara a la Seguridad Social, sino también a la educación para los menores”, explicita el obispo de la Pastoral del Trabajo.

“Tener trabajo y papeles es fundamental”, enfatiza. También aboga por “establecer puentes con las asociaciones de migrantes y las diversas realidades en las que están como trabajadores que son”.

Su departamento se ha propuesto este año “cuidar a los trabajadores más vulnerables, entre los que se encuentran los migrantes, sobre todo los que no tienen papeles, los jóvenes y las mujeres, especialmente las que prestan el servicio como internas en los domicilios”.

“La pastoral del trabajo tiene mucho que hacer también aquí, empezando con la sensibilización dentro y fuera de la Iglesia, contando con los medios que tiene, los movimientos obreros y las organizaciones que participan en ella y la participación de las diversas regiones eclesiales”, resume.

Tras jornadas completas en los invernaderos, “lo que se les ofrece es una chabola de cartón y plástico, sin agua ni recursos mínimos para una vida digna”, lamentó Redondo, quien destaca que se trata de personas “que contribuyen al bienestar económico de nuestro país”.

Aranda resalta la importancia de ofrecer una “respuesta integral como Iglesia a las personas migrantes, respuesta complementada por lo específico de cada entidad”, así como “la necesidad de articular alguna coordinación entre las entidades eclesiales y sociales”.

De cara al futuro, piensa ya en cómo hacer llegar esta experiencia a todas las diócesis y estamentos de la Iglesia y en explorar la posibilidad de convocar un encuentro entre varias diócesis donde se viva una situación similar, con el concurso de Pastoral de Migraciones y Pastoral del Trabajo para analizar cómo mejorar la respuesta a estas realidades.

La desatención de las Administraciones Públicas

Ginés Parra, miembro de la HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica) en Almería, ayuda a contextualizar lo visto sobre el terreno con datos y situaciones que describen una crisis humanitaria sostenida en el tiempo.

En Níjar, de una población total de 33.000 habitantes, 15.000 son personas extranjeras, muchas de ellas viviendo y trabajando en condiciones extremas, sin los servicios ni la atención social que competen a las Administraciones Públicas.

La víspera del encuentro se produjo un desalojo exprés en uno de los asentamientos, que dejó a medio centenar de trabajadores en la calle, sin alternativa habitacional y sin posibilidad de recoger sus pertenencias.

La situación no es mejor en algunos barrios de Roquetas de Mar, donde se está produciendo degradación acelerada: falta de mantenimiento municipal, carencia de servicios básicos, problemas de seguridad, episodios de prostitución y una absoluta insuficiencia de vivienda digna para miles de personas.

Las mujeres, en el epicentro de la vulnerabilidad

En este contexto, Parra apuntó a la situación de las mujeres migrantes, que definió como “las grandes víctimas”. Muchas trabajan por salarios que oscilan entre 600 y 700 euros, sin protección laboral y sometidas, en demasiados casos, a explotación sexual o a situaciones límite de vulnerabilidad. “Es la cara más dolorosa de todo esto”, explica.

La aportación de Ginés Parra incluye también una reflexión que abre un debate profundo. “Muchos empresarios que incumplen derechos básicos son católicos y participan en procesiones”, denuncia.

Un dato que genera indignación entre quienes acompañan a los trabajadores más pobres y que revela una contradicción dolorosa entre fe y vida. De hecho, confiesa que “hay muchos católicos escandalizados por la regularización, y los tenemos dentro y fuera de la Iglesia”.

Todavía hace falta, opina, más pedagogía, más testimonio y más formación social dentro de las comunidades cristianas.

Jose Luis Palacios - Redactor jefe de Noticias Obreras





Más allá del 8 de marzo

Que nadie vuelva a caminar de puntillas

ECLESALIA, 04/03/26.- Hay fechas que no caben en una efeméride. El 8 de marzo es una de ellas. No es solo una jornada marcada en violeta ni una cadena de mensajes bienintencionados. Es algo que remueve por dentro. Es memoria viva, es herida abierta y, al mismo tiempo, esperanza que no se resigna.

Hay algo del 8 de marzo que incomoda. Y quizá esa incomodidad es necesaria. Porque más allá de los gestos públicos, de los mensajes oficiales o de las flores moradas en escaparates bien iluminados, este día sigue siendo una pregunta abierta: ¿quiénes siguen sin voz? ¿quiénes siguen caminando de puntillas para no molestar? La verdad es que todavía hay demasiadas mujeres que aprenden a reducir su presencia. Que hablan más bajo de lo que querrían. Que se disculpan por ocupar espacio. Que justifican su ambición. Que negocian su libertad como si fuera un privilegio y no un derecho.

La violencia contra las mujeres no es un “problema social” más. Es una herida que atraviesa la dignidad humana. Es negación práctica de que fuimos creados iguales en valor y en derechos. Cuando una mujer es silenciada o golpeada por el hecho de ser mujer, algo del rostro de Dios queda desfigurado. Por eso resuena con tanta fuerza ese eco que pide eliminar todos los obstáculos a la igualdad y devolver a las mujeres su palabra, su creatividad, su danza. Devolverles la palabra significa no cuestionar automáticamente su relato, significa dejar de explicarles su propia experiencia.

Y en esta orilla del Mediterráneo, donde las fronteras no son solo geográficas sino culturales y simbólicas, la invisibilización adopta matices complejos. Aquí conviven relatos distintos, tradiciones diversas, tensiones identitarias que a veces se convierten en trincheras. Aquí, demasiadas veces, el cuerpo de la mujer se convierte en campo de batalla.

Se discute sobre el burka. Se debate sobre el hijab. Se opina con contundencia sobre lo que significa libertad. Pero pocas veces se escucha a las propias mujeres que los llevan o que deciden no llevarlos. Pocas veces se les pregunta qué significa para ellas. Y es que, cuando el debate gira en torno a su cuerpo sin su palabra, volvemos a repetir la misma lógica: decidir por ellas. El problema no es la tela. El problema es el silencio impuesto.

Porque, además, la invisibilización no siempre llega con gritos. A veces se presenta como protección cultural, como tradición incuestionable o como falsa modernidad. También en sociedades que presumen de igualdad perviven desigualdades sofisticadas: brechas salariales normalizadas, liderazgo femenino cuestionado, sobrecarga de cuidados disfrazada de vocación natural.

Se habla de derechos conquistados. Y sí, se han conquistado muchos. Pero ¿son reales para todas? ¿Para la mujer migrante que limpia casas sin contrato? ¿Para la solicitante de asilo que depende económicamente de su pareja? ¿Para la trabajadora invisible en las estadísticas? ¿Para la joven que abandona estudios porque su familia necesita ingresos?

No podemos contentarnos con declaraciones universales cuando la vida concreta sigue siendo desigual. Empoderar a las mujeres no es una consigna de moda. Es una urgencia social. Significa garantizar educación real, acceso sanitario efectivo, independencia económica auténtica. Significa crear condiciones donde no tengan que elegir entre seguridad y libertad. Donde no tengan que negociar dignidad a cambio de pertenencia.

Y aquí entra una clave intercultural que no podemos ignorar. Vivimos en sociedades plurales. Eso es riqueza. Pero la pluralidad exige diálogo honesto. No caricaturas. No paternalismos. No discursos que reducen culturas enteras a estereotipos opresivos o, en el extremo contrario, que justifican cualquier práctica en nombre del respeto cultural.

La igualdad no puede convertirse en arma arrojadiza contra comunidades migrantes. Ni la identidad cultural puede utilizarse para blindar desigualdades internas. El desafío es más complejo: construir puentes donde la dignidad de las mujeres no sea moneda de cambio.

En este Mediterráneo herido -donde tantas mujeres cruzan mares físicos y simbólicos- vemos historias de resiliencia que raramente ocupan titulares. Mujeres que llegan con hijos en brazos y traumas a cuestas. Mujeres que aprenden una lengua nueva mientras sostienen a toda una familia. Mujeres que emprenden pequeños negocios, que se organizan en redes solidarias, que crean espacios de encuentro intercultural.

Son constructoras silenciosas de convivencia. Son mediadoras en barrios tensos. Son tejedoras de comunidad. Y, sin embargo, su protagonismo sigue siendo minimizado. Como si su contribución fuera secundaria. Como si el liderazgo tuviera un molde fijo que no encaja con sus trayectorias. Necesitamos voces femeninas no como cuota, sino como horizonte. Porque cuando una mujer toma la palabra, amplía la conversación. Introduce matices. Nombra heridas que otros no ven. Señala incoherencias. Propone caminos nuevos.

Además, la experiencia histórica de exclusión ha entrenado a muchas mujeres en el arte de la mediación. Saben sostener tensiones sin romper vínculos. Saben negociar sin perder firmeza. Saben escuchar incluso cuando nadie las escuchó a ellas. Esta capacidad no es biológica ni romántica; es aprendizaje forjado en contextos de desigualdad.

Colocarlas en el centro del desarrollo sostenible no es una estrategia estética. Es una necesidad estructural. Sin su participación plena en decisiones políticas, económicas y sociales, cualquier proyecto de futuro queda incompleto.

Y hay algo más que conviene decir sin rodeos: no podemos permitir retrocesos. En tiempos donde resurgen discursos que relativizan la violencia machista o ridiculizan el feminismo como exageración, es imprescindible mantener claridad. No es radical exigir que ninguna mujer sea asesinada por su pareja. No es extremista pedir igualdad salarial. No es ideológico reclamar corresponsabilidad en los cuidados. ¡Es, simplemente, justicia!

El 8 de marzo no es una guerra contra los hombres. Es una invitación colectiva a revisar privilegios, miedos y resistencias. Es una oportunidad para preguntarnos cómo educamos a las niñas y a los niños en la gestión emocional, en el respeto, en la corresponsabilidad. Porque la igualdad no se impone; se aprende.

Empoderar a las mujeres es empoderar a la humanidad entera. Cuando ellas acceden a educación, prospera la comunidad. Cuando participan en procesos de paz, los acuerdos son más duraderos. Cuando tienen independencia económica, disminuye la violencia. Los datos lo confirman, pero más aún lo confirman las historias concretas. Hoy, 8 de marzo –y cada día es 8 de marzo– proclamamos algo muy simple y muy profundo: que la historia necesita todas las voces. Necesita tus narraciones, las mías, las tuyas. Necesita un “nosotros” que no excluya. Porque Dios se revela en historias concretas, no en abstracciones neutras. La transformación no ocurre solo en parlamentos; ocurre cuando cambiamos el relato dominante. Cuando dejamos de hablar “sobre” las mujeres y empezamos a hablar “con” ellas.

Todavía queda camino. Mucho. Hay inercias profundas, resistencias culturales, estructuras que se defienden. Pero también hay una generación que ya no acepta caminar de puntillas. Que nombra la violencia. Que exige coherencia. Que teje redes más allá de fronteras.

En esta orilla del Mediterráneo, donde tantas culturas se cruzan, necesitamos valentía para sostener conversaciones difíciles sin sacrificar la dignidad. Necesitamos escuchar acentos distintos sin jerarquizarlos. Necesitamos reconocer que la igualdad no es occidental ni oriental: es humana.

Más allá del 8 de marzo, lo que está en juego es el tipo de sociedad que queremos ser. Una donde nadie tenga que pedir permiso para existir plenamente. Una donde la diversidad no sea amenaza sino riqueza compartida. Una donde ninguna mujer -migrante o local, creyente o laica, joven o anciana- vuelva a caminar de puntillas. ¡Porque cuando las mujeres caminan con paso firme, la humanidad avanza con ellas!

IÑIGO GARCÍA BLANCO, Hermano Marista, SIRACUSA (ITALIA).



A lo largo de su historia, el cristianismo ha atravesado una profunda transformación que lo ha alejado significativamente del impulso original del Evangelio de Jesús de Nazaret. Lo que comenzó como un movimiento profético, igualitario y liberador, centrado en la compasión, la justicia y el cuidado del prójimo, fue tomando la forma de una institución religiosa jerárquica, estructurada y funcional al poder. Esta evolución no fue casual ni el simple resultado de desviaciones, sino el producto de complejos procesos históricos, políticos y teológicos, en gran medida influenciados por figuras como Pablo de Tarso. Bajo su influencia, el cristianismo pasó de ser una vivencia comunitaria centrada en la praxis del amor, a una fe preocupada por el control doctrinal.

En sus orígenes, el cristianismo no fue una religión en el sentido institucional del término, sino una experiencia comunitaria profundamente subversiva. Su centro era la solidaridad con los marginados y la crítica radical al legalismo religioso y al poder imperial. Jesús de Nazaret no vino a fundar templos ni a establecer una casta clerical, sino a encarnar una propuesta de transformación radical a través de gestos concretos de justicia y compasión. Sin embargo, tras su muerte, la forma institucional que asumió el cristianismo fue impulsada, sobre todo, por Pablo de Tarso.

Entre la crucifixión de Jesús y la redacción de los Evangelios, Pablo articuló y difundió una visión del cristianismo centrada no en el Jesús histórico, sino en el Cristo glorificado, al que conoció por una experiencia mística. Este giro trasladó el eje del anuncio del Reino de Dios—una realidad concreta y presente—a una promesa de redención trascendente. Influida por el pensamiento dualista de su tiempo, Pablo predicó una religión centrada en la salvación del alma, promoviendo una actitud más pasiva ante las injusticias del mundo. Así, la fe paulina consolidó un cristianismo estructurado en torno al sacrificio, la obediencia y el rito, desplazando la praxis liberadora del mensaje original de Jesús.

El Evangelio, en su esencia, no fue concebido como un tratado teológico ni como un sistema doctrinal cerrado, sino como una llamada urgente a transformar la vida y la sociedad desde sus raíces. Era una invitación a romper con estructuras opresivas y a devolver la centralidad a la dignidad humana, especialmente la de los más vulnerables. El Reino que Jesús anunciaba no era un destino etéreo, sino una realidad presente que se encarnaba en la inclusión, la justicia y el amor radical.

Frente a esta lógica transformadora, la religión institucional opera bajo una dinámica diferente: se apoya en mitos, normas y rituales que ofrecen certeza y orden, pero que muchas veces sacrifican la ética en nombre del control. Así, es posible vivir una religiosidad intensa sin practicar la compasión, e incluso justificar la exclusión bajo el amparo de la devoción.

Desde la óptica institucional, el Evangelio resulta subversivo. Es el viento del Espíritu que no se deja encerrar (Jn 3,8). Jesús no propuso una nueva religión, sino una nueva forma de vivir, centrada en los últimos y excluidos. Sus gestos—el perdón incondicional, la mesa compartida con pecadores, el desafío a las autoridades religiosas— encarnaban un mensaje profundamente liberador.

Sin embargo, con el tiempo, esta experiencia radical fue perdiendo su filo profético. El punto de inflexión llegó con el Edicto de Milán (313 d. C.), cuando el cristianismo fue legalizado y luego adoptado como religión oficial del Imperio. A partir de entonces, la Iglesia dejó de ser una comunidad marginal y contracultural para convertirse en un actor central en la administración del poder. En este proceso, se reforzó la teología paulina como herramienta de consolidación institucional.

La Iglesia asumió una estructura jerárquica piramidal: el clero ocupó la cúspide, mientras los fieles quedaban en la base. El mensaje evangélico fue ritualizado, la fe dogmatizada, y la obediencia canonizada. Así, la “religión de redención” desplazó al Evangelio de la liberación. En nombre de esta ortodoxia, se justificaron formas de opresión: la esclavitud (1 Cor 7,20-24), la subordinación de la mujer (Ef 5,22-24), la condena de la diversidad sexual (Rom 1,24-27) y la sumisión al poder político, incluso al de emperadores como Nerón (Rom 13,1-7).

La figura del clero —ausente como casta en los Evangelios— se consolidó con el tiempo como una jerarquía con privilegios, autoridad doctrinal y control sobre la vida espiritual. Lo que originalmente fue un servicio comunitario se transformó en una estructura de poder. Obispos y papas pasaron a ser figuras políticas, más preocupadas

por preservar el orden que por denunciar la injusticia. Así, el rostro del Jesús itinerante, que no tenía dónde reclinar la cabeza y que abrazó a los excluidos, fue reemplazado por una Iglesia que aspiraba a tronos y privilegios. Ya en el siglo III, como advertía Cipriano, se hablaba de “clérigos” y “plebe”, de poder y dignidad.

Esta institucionalización implicó una transformación radical del mensaje cristiano. La fe se convirtió en doctrina, el seguimiento de Jesús en obediencia normativa, y la espiritualidad en ritualismo. La libertad del Evangelio fue reemplazada por la obediencia. En lugar de cuestionar el statu quo, el cristianismo comenzó a legitimarlo.

Pablo jugó un papel ambivalente en este proceso. Si bien fue clave en la expansión del cristianismo, su visión tendió a privilegiar la salvación individual sobre la transformación social. Así, la religión ofrecía consuelo y promesas de eternidad, pero sin necesariamente desafiar las estructuras injustas de este mundo. La esperanza fue desplazada al más allá, mientras el presente permanecía sin cambios.

Todo esto ha generado un conflicto profundo entre el Evangelio y la religión. Mientras la religión se centra en salvar al individuo y tranquilizar su conciencia, el Evangelio invita a descentralizarse y a poner al otro—especialmente al que sufre— en el centro. La religión edifica templos y dogmas; el Evangelio dismantela estructuras y libera conciencias. La religión exige obediencia; el Evangelio reclama libertad y compromiso.

Esta tensión no implica una condena absoluta a la Iglesia, sino una llamada urgente a distinguir entre la fe genuina y sus deformaciones institucionales. Como dijo Jesús: “El Espíritu sopla donde quiere” (Jn 3,8), y no se deja encerrar en jerarquías ni fórmulas. Intentar domesticarlo es traicionar su esencia subversiva y liberadora.

La crítica a la Iglesia institucional no nace del resentimiento, sino de una fidelidad profunda al mensaje de Jesús. Reconocer los fallos del cristianismo histórico no es negar su valor, sino abrir un camino hacia la autenticidad. Volver al Evangelio no es un gesto nostálgico, sino un acto de justicia espiritual: es poner el amor sin condiciones, la denuncia profética y la esperanza en los que sufren en el centro de la vida de fe.

El auténtico cristianismo no se define por la búsqueda de poder ni por la imposición de normas, sino por la libertad, el despojo y la cercanía con los pobres. No es una religión que condena desde los púlpitos, sino una forma de vida que camina junto al sufriente. Recuperar el Evangelio es recuperar la esperanza en un mundo más justo, más humano y más lleno de Dios. Y hacerlo, hoy, es más urgente que nunca.



En amplios sectores del catolicismo contemporáneo se percibe una tendencia casi obsesiva a conservar estructuras, ritos y devociones que, lejos de abrir caminos hacia el Evangelio, parecen levantar muros cada vez más altos. Esta deriva no es accidental: responde a una lógica interna que privilegia la sacralización de la institución por encima de la misión transformadora que Jesús de Nazaret anunció con claridad meridiana. Lo verdaderamente inquietante es que, en nombre de la ortodoxia, se consolida una eclesiología excluyente, vertical y clerical que contradice frontalmente el espíritu del Evangelio, manteniendo la ficción de un clero separado y una comunidad pasiva, infantilizada y dependiente.

El desfase entre el mensaje de Jesús y la práctica eclesial actual es tan evidente que cuesta comprender cómo puede seguir justificándose. Jesús no fundó una estructura piramidal ni instituyó rituales destinados a separar a unos pocos **“consagrados”** del resto del pueblo. Su proyecto fue radicalmente distinto: una comunidad de iguales, un movimiento de liberación que proclamaba sin ambigüedades: **«El Espíritu del Señor está sobre mí... me ha enviado a anunciar la liberación a los oprimidos» (Lc 4,18)**. Frente a esta visión, la Iglesia institucional parece empeñada en blindar su **“Cátedra”**, interviniendo en la vida social desde el privilegio y olvidando que el Maestro caminaba sin seguridades, sin poder y sin propiedad.

La distancia entre el Evangelio y ciertos sectores de la Iglesia actual se hace aún más evidente si recordamos la enseñanza de Jesús en la parábola del **Buen Samaritano (Lc 10,25-37)**. Allí, el Maestro denuncia con una claridad hiriente la tentación de anteponer el culto al amor concreto. El sacerdote y el levita —representantes del aparato religioso— **“pasaron de largo”** ante el hombre herido, quizá para no contaminarse ritualmente y poder seguir cumpliendo sus obligaciones en el Templo. Jesús no suaviza

el contraste: quienes deberían haber encarnado la compasión se convierten en símbolo de una religiosidad que justifica su indiferencia en nombre de la pureza.

El gesto del samaritano —un hereje para la ortodoxia judía— revela la verdadera prioridad del Reino: la asistencia al necesitado está por encima de cualquier rito. En un momento en que parte de la jerarquía eclesial parece obsesionada con defender privilegios, liturgias y fronteras doctrinales, esta parábola funciona como un espejo incómodo. ¿Cuántas veces la institución, como el sacerdote y el levita, ha pasado de largo ante los migrantes que

mueren en el Mediterráneo, ante las víctimas de abusos, ante los pobres expulsados de sus barrios, mientras se invocan razones “**pastorales**” o “**disciplinarias**”?

Jesús concluye con un mandato que no admite evasivas: «**Ve y haz tú lo mismo**». No dice “**ve y celebra lo mismo**”, ni “**ve y defiende la doctrina**”, sino haz. Acción, compasión, riesgo. Nada que ver con la comodidad de una cátedra.

La contradicción se vuelve sangrante cuando observamos casos concretos de la gestión eclesial reciente. El escándalo de las inmatriculaciones masivas en España —miles de bienes inscritos a nombre de la Iglesia sin acreditar propiedad— revela una institución más preocupada por acumular patrimonio que por seguir al que “**no tenía donde reclinar la cabeza**” (*Mt 8,20*). Resulta difícil conciliar el Evangelio con la apropiación de ermitas, plazas, casas parroquiales e incluso bienes comunales, mientras se predica desprendimiento y pobreza evangélica.

A ello se suma la actitud de ciertos obispos que, lejos de encarnar la misericordia, se han alineado con discursos excluyentes. Las declaraciones de algunos obispos españoles, descalificando a colectivos vulnerables y utilizando un lenguaje impropio de un pastor, han generado un profundo escándalo entre creyentes y no creyentes. En Estados Unidos, algunos prelados han llegado a negar la comunión a políticos por motivos partidistas, mientras guardan silencio ante políticas que dañan a migrantes y refugiados. En Polonia, sectores episcopales han respaldado abiertamente agendas políticas que fomentan la xenofobia.



Misericordia quiero y no sacrificios

Todo ello contrasta con la enseñanza de Jesús, que fue tajante: **«Misericordia quiero y no sacrificios» (Mt 9,13).**

Cuando la jerarquía utiliza su autoridad para justificar desigualdades, imponer obediencia ciega o intervenir en la vida pública desde la superioridad moral, traiciona el gesto más subversivo del Maestro: la mesa compartida. En la última cena, lejos de reforzar rangos, Jesús se ciñó la toalla y lavó los pies de sus discípulos, diciendo: **«Os he dado ejemplo para que también vosotros hagáis lo mismo» (Jn 13,15)** Ese gesto de igualdad radical contrasta con una Iglesia que a menudo parece más preocupada por custodiar un sistema religioso que por abrir caminos de dignidad y justicia.

La parábola del **Hijo Pródigo (Lc 15,11-32)** ofrece otra clave imprescindible para comprender el desfase entre el Evangelio y cierta doctrina eclesial que sigue alimentando la imagen de un Dios vigilante, ofendido y presto a castigar. En el relato de Jesús, el Padre no exige penitencias, no reclama compensaciones, no impone condiciones. Corre hacia el hijo, lo abraza, lo reviste de dignidad y celebra su regreso con una fiesta desbordante. El hijo intenta recitar su discurso de culpa, pero el Padre lo interrumpe: la misericordia no necesita intermediarios.

Sin embargo, durante siglos la Iglesia ha construido un sistema sacramental y devocional que, en lugar de anunciar este amor incondicional, ha presentado a Dios como un juez severo que necesita ser aplacado mediante sacrificios, indulgencias, sufragios o intercesiones. Se ha llegado a convertir la salvación en una especie de transacción espiritual, donde el fiel debe acumular méritos, devociones y prácticas para **“ganar”** la vida eterna. Esta lógica, profundamente ajena al Evangelio, ha generado un culto centrado en el miedo al castigo y en la obsesión por evitar el infierno, en detrimento de la misión esencial: transformar el mundo para que sea signo del Reino.

La parábola del **Hijo Pródigo** desmonta esta teología del temor. El Padre no es un contable de pecados, sino un manantial de misericordia. No exige mediaciones para perdonar;



simplemente ama. Y, sin embargo, algunos sectores eclesiales siguen promoviendo una espiritualidad angustiada, donde la salvación depende de devociones particulares, apariciones privadas o prácticas piadosas que prometen **“gracias especiales”**, mientras se descuida la justicia, la solidaridad y la construcción de una sociedad más humana.

Ambas parábolas convergen en un mismo punto: la fe no consiste en cumplir ritos, sino en encarnar la misericordia. Jesús nunca dijo que entraríamos en el Reino por rezar más rosarios, por asistir a más procesiones o por acumular indulgencias. Lo dijo con una claridad que debería estremecer a cualquier creyente: **«Tuve hambre y me disteis de comer... lo que hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,35-40).**

Cuando la Iglesia promueve un culto obsesionado con **“salvar el alma”** mientras descuida la transformación del mundo, está repitiendo el error del sacerdote y el levita. Y cuando presenta a Dios como un juez implacable que necesita intermediarios para perdonar, está ignorando al Padre que corre hacia el hijo perdido.

El Reino de Dios no se construye en los altares, sino en las calles. No se hereda por devociones, sino por justicia. No se anuncia desde la cátedra, sino desde el servicio.

Por todo ello, la comunidad creyente no puede seguir siendo una espectadora muda ante el autoritarismo eclesial. La fidelidad al proyecto de Jesús exige hoy una resistencia activa, lúcida y responsable que combata las tendencias clericales que asfixian el Evangelio. Es hora de recuperar la frescura de las primeras comunidades, que no se organizaban en torno al poder, sino en torno al servicio mutuo y la fraternidad.

La Iglesia necesita renunciar a la seguridad de los rituales y a la comodidad de las estructuras para encarnar una presencia que escuche, acompañe y denuncie las injusticias, incluso las propias. Nuestra responsabilidad no es alimentar sistemas caducos que exigen sumisión, sino construir desde la base espacios de fraternidad real, donde la autoridad sea servicio y no dominio.

Sólo mediante un compromiso firme que desmantele las lógicas de poder y privilegio podremos volver a ser una comunidad que, en lugar de imponerse desde una cátedra, camine junto a la humanidad anunciando una verdadera esperanza. El Evangelio no necesita guardianes: necesita testigos. Y los testigos no se sientan en tronos; se arrodillan para lavar los pies.